

Escuelas normales de Cuernavaca y Oaxtepec, 1889-1933 *

♦ Lucia Martínez Moctezuma



La mayor parte de las investigaciones sobre el magisterio en la década de los ochenta del siglo XIX dieron cuenta de su formación y origen social; sus condiciones de vida y de trabajo; su organización gremial; sus movimientos y, sobre todo, su vinculación con la comunidad. La preocupación por enfocarse directamente en el docente, muchos de los aportes analizaron sobre todo la puesta en práctica de la política educativa a nivel nacional. Este interés, si subrayamos el hecho de que sumaban el 30% de las publicaciones registradas en la época, se privilegió al magisterio federal, dejando de lado al que estaba adscrito a los gobiernos estatales.¹ Cabe destacar que en investigaciones recientes los maestros han dejado de ser tratados como un grupo homogéneo, para situarlos como protagonistas principales en los procesos educativos, ubicados entre los discursos y las prácticas, en contextos o coyunturas específicas o bien en su vida cotidiana. Se ha afinado también la mirada para resaltar las diferencias entre los maestros según la región y el tipo de comunidad (rural o urbana); su lugar de trabajo; las instituciones donde se formaban; el contacto

que tenían con los textos; centros de capacitación; inspectores y autoridades educativas; su género y su generación; sus condiciones laborales y de vida, así como sus formas de relacionarse con el Estado y las comunidades. Según el balance que ha hecho Alicia Civera en 2003,² la formación de profesores es un tema que ha recibido cierta atención, pero también es un campo que está por construirse, pues los estudios institucionales han dejado de ser la crónica de los cambios en sus orientaciones pedagógicas, planes de estudio y matrícula, para cuestionar la forma en que se construye una institución educativa, entre las directrices políticas y pedagógicas provenientes del gobierno y los espacios de autonomía relativa que mantienen los sujetos que participan dentro de ella. El aprendizaje de los futuros maestros no se limita a la currícula sino a la forma en que ésta es vivida, apropiada y reconstruida por estudiantes y maestros en la escuela, y la forma en que se relacionan con otros procesos culturales, políticos y económicos.

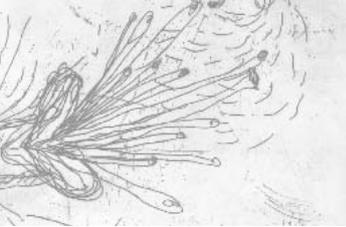
La historia regional de la educación ha podido mostrar que existió una continuidad en los proyectos

* Este trabajo forma parte de una investigación más amplia financiada como proyecto Conacyt 36667-H.

¹ Luz Elena Galván y Susana Quintanilla. *Historiografía de la educación. Estados del Conocimiento*. México, COMIE, 1993, pp. 22 y 28.

² Alicia Civera. “La historiografía del magisterio en México (1911-1970)”, en Luz Elena Galván, Susana Quintanilla y Clara Inés Ramírez. *Historiografía de la educación en México. La investigación educativa en México 1992-2002*. México, COMIE, 2003, pp. 231-241.

♦ Profesora-Investigadora, Instituto de Ciencias de la Educación



educativos, aunque la perspectiva cambie con el propósito de aumentar el índice de alfabetización en las comunidades rurales. Tradicionalmente, los estudios históricos sobre el estado de Morelos han privilegiado el desarrollo de aspectos políticos, ideológicos, tecnológicos y sobre todo agrarios, han dejado de lado los que corresponden al desarrollo educativo de la entidad. Muestra de ello es la amplia bibliografía que ha dado cuenta del periodo que ahora abordamos.³ Es por esta razón que mi interés será mostrar, en este trabajo, cómo se introdujo la modernidad en la escuela morelense a partir de la innovación pedagógica que representó la formación del profesor propuesta desde el Segundo Congreso de Instrucción Pública (1889); un espacio disputado y construido -no un mero reflejo de la cultura dominante-, donde se entretujan las biografías personales, las características de sus redes de relaciones y las nuevas estructuras de gestión educativa.⁴

La Escuela Normal Regional de Cuernavaca

Como sucedía en todo el país, una de las preocupaciones centrales del estado de Morelos fue contar con profesores capacitados para llevar a cabo las innovaciones pedagógicas planteadas en los congresos higiénicos y pedagógicos de la época.⁵

La primera ley orgánica de instrucción pública

se promulgó en 1872, en la cual una junta trató de uniformar la enseñanza en todas las escuelas y encomendó a los jefes políticos la vigilancia de los planteles además del nombramiento de los preceptores. Los primeros intentos por formar a la planta docente se hicieron en el Instituto Literario de Morelos, donde se instituyeron las carreras de agricultor, abogado, ingeniero y profesor normalista. Posteriormente, en 1883, se expidió una nueva ley donde se quitaba a los jefes políticos y a los ayuntamientos y se ponía la educación en manos del gobierno del estado. Se dispuso entonces la creación de un jurado formado por una comisión dictaminadora más el gobernador, quienes examinaban y otorgaban tres tipos de títulos para aquellos que desearan servir en las escuelas elementales, oficiales o particulares: de primera clase, para aquellos candidatos que demostraran poseer conocimientos en todas las materias de instrucción primaria, elemental y superior; de segunda clase, para aquellos que demostraran saber sobre las materias de enseñanza obligatoria y los principios de instrucción voluntaria; y de tercera clase, para aquellos que conocían las materias obligatorias. Sin embargo, la experiencia demostró que no pudo exigírseles a los candidatos mayores conocimientos que los de la lectura y la escritura, pues se tenía la idea de que, “las cuotas que se tienen asignadas [eran] en general muy

³ Como ejemplo véanse los balances historiográficos que aparecen en Alejandro Tortolero. *De la coa a la máquina de vapor. Actividad agrícola e innovación tecnológica en las haciendas mexicanas: 1880-1914*. México, Siglo XXI-Colegio Mexiquense, 1995; y Lorena Careaga Viliesid. *Morelos. Bibliografía comentada*. México, Instituto Mora, 1995.

⁴ Elsie Rockwell ha mostrado, a través del análisis de la cultura magisterial, cómo las reformas educativas entre 1910 y 1940 se introdujeron en la cultura de los maestros tlaxcaltecas. En Alicia Civera, *op. cit.*, p. 253.

⁵ Durante el siglo XIX y la primera década del XX se realizaron cuatro congresos, uno higiénico (1882) y tres de carácter pedagógico (1889, 1890-1891 y 1910).

exiguas e insuficientes para personas que tengan regular instrucción”.⁶

La ley general de 1886 precisaba que para servir en una escuela era necesario tener veintiún años cumplidos, moral reconocida, título de profesor o, en su defecto, tener el conocimiento sobre las materias de enseñanza. En Cuernavaca, por ejemplo, resultó difícil cumplir con este perfil pues de los veintiocho maestros que servían a la municipalidad sólo dos contaban con el título. Aunque en el resto del país la situación no resultaba mejor, sí había una diferencia en relación con otras entidades, por ejemplo con el estado de México, donde laboraban sesenta y dos maestros con título de un total de novecientos cincuenta y cinco en 1890, cifra que siete años después aumentó a ciento doce.⁷ Quizá aquí se encuentra la razón por la que el gobierno federal planteó una estrategia más cuando invitó a los gobiernos estatales a pensionar a un número determinado de alumnos interesados en el magisterio para integrarse a la matrícula de la Escuela Normal de Maestros en la Ciudad de México. La respuesta morelense fue muy pobre, pues en 1890 hubo un solo estudiante que se trasladó hasta la capital.

Hacia 1910, el problema seguía siendo evidente,

no sólo porque aún faltaban maestros titulados y normalistas que atendieran a los escolares, sino porque se consideraba que la planta docente que existía era “...de conocimientos exiguos y de dudosa aptitud pedagógica...” De esta manera, se pensó que la solución a estos problemas se encontraba “...en el establecimiento de una verdadera escuela normal que forme maestros originarios de aquellas regiones...”⁸

A pesar de la inversión de 2 mil 160 pesos en 1911, fue hasta marzo de 1926 que se fundó la primera escuela, la Normal Rural de Cuernavaca. Durante seis meses se instaló en una casa de la Avenida Morelos, luego se trasladó al Hotel Astoria (frente al cine Morelos) y un año después se mudó al claustro de la Catedral, donde se le anexó parte de los terrenos de cultivo que pertenecieron al emperador Maximiliano en Acapatzingo.⁹

Empezó funcionando con un director, el profesor Martín Jiménez Esparza y diez alumnos. Para 1927, la planta docente se había transformando, pues se había integrado como director Isidro Castillo, 11 profesores, 5 ayudantes que servían al internado, y setenta y ocho alumnos (treinta y siete hombres y cuarenta y una mujeres).¹⁰ Tenía además una escuela anexa y un jardín de niños que atendía la

⁶ Francisco Leyva. *El Estado de Morelos. Panorama económico. Distritos de Cuernavaca, Jonacatepec, Morelos, Tetecala, Yautepec*. Editado por Valentín López González, Cuernavaca, Cuadernos Históricos Morelenses, 1999.

⁷ Milada Bazant. “Los inspectores y los vecinos de los pueblos determinan la suerte de los maestros mexicanos: 1874-1910”, en Pilar Gonzalbo (coord.). *Historia y nación I. Historia de la educación y enseñanza de la historia*. México, Colmex, 1998, p. 63.

⁸ *Informes presentados al Congreso Nacional de Educación Primaria por las delegaciones de los Estados, del Distrito Federal y Territorios en septiembre de 1910. Estado de Morelos*. México, Imprenta de Carranza e hijos, 1911, pp. 559-584.

⁹ El informe del profesor Isidro Castillo, que se encuentra en el Archivo Histórico de la SEP (en adelante AHSEP), sirve de base para el documento que se publicó oficialmente en *El sistema de escuelas rurales en México*. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1927, pp. 255-256.

¹⁰ El internado contaba con cuarenta y un alumnos: dieciocho becados, catorce con media beca y el resto pagaba entre quince y veinte pesos al mes.



profesora María de Jesús Ocampo y que servía para las prácticas de los alumnos.

Desde su llegada a la escuela, el director Isidro Castillo estableció dos estrategias para optimizar las actividades del plantel: mejorar los servicios que se prestaban en los salones, los dormitorios y el comedor, y redistribuir la carga docente tomando en cuenta la especialización y la preferencia de los profesores. Como puede observarse en el cuadro siguiente, se trató de una tarea muy complicada,

pues ante la falta de personal fue imposible evitar no sólo la carga excesiva de trabajo en los docentes, sino que se impartieron materias sin tener la formación adecuada.¹¹

Por ello, Castillo se preocupó por orientar el trabajo de los maestros: discutió con ellos los programas de estudio que habían sido autorizados por las misiones culturales, recomendó la lectura de ciertas obras, realizó reuniones semanales para conocer los avances y los visitó en sus respectivas

Profesores y materias que se impartieron en la Escuela Normal Regional de Cuernavaca

Nombre del profesor	Materias impartidas. 1926	Materias impartidas. 1927
Estanislao Rojas	Aritmética y geometría	Matemáticas generales
Alejandra V. de Vélez	Lengua Nacional y Geografía	Labores femeninas, Solfeo, Astronomía
Rubén Castillo	Técnica de la Enseñanza	
Galdina Guevara	Industrias	
Cipriano Zamora	Dibujo industrial, Pintura, Cerámica	
Teresa Navarro	Industrias (sericultura, cocina, apicultura, avicultura)	Industrias (sericultura, cocina, apicultura, avicultura)
Manuel Villaseñor	Horticultura, Cría de animales domésticos	Agricultura
David Garfias	Dibujo, Pintura	Dibujo, Pintura
Cornelio Godínez	Taller de carpintería	Taller de carpintería
Félix T. Carranza	Taller de telares	Taller de telares
Rubén Abarca	Taller de panadería	Taller de panadería
Guillermo Yamada	Siembra de hortalizas y cultivo en los terrenos de Acatzingo	Siembra de hortalizas y cultivo en los terrenos de Acatzingo
Martín Jiménez		Gimnasia
Juan Manuel Vélez		Música
Isidro Castillo		Agricultura, Gimnasia y Deportes, Campaña pro-cálculo

Cuadro elaborado a partir de *El sistema de escuelas rurales en México*. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1927, pp. 255-256.

¹¹ *El sistema de escuelas rurales en México*, op. cit., p. 256.

clases. Como se advierte en los documentos, la falta de conocimiento en la materia hizo que algunos profesores desarrollaran diferentes estrategias para suplir esta carencia. Por ejemplo, para dar la clase de Deportes -en la que no era hábil-, Castillo propuso las tablas gimnásticas y con ayuda de una alumna puso bailes regionales que se practicaron los sábados por la mañana. Organizó además la práctica del básquetbol, el voleibol y constituyó un grupo de exploradores, cuya excursión a Cuautla resultó un gran éxito, a juzgar por las fotografías que acompañan su reporte.

También se estimuló dar conferencias, propuesta hecha desde finales del siglo XIX, para completar la formación teórica y práctica de los futuros maestros, además de que se fundaron dos escuelas nocturnas y tres vespertinas en Cantarranas, Chipitlán y San Antón, donde los alumnos realizaron prácticas.

A pesar del entusiasmo, los primeros años de la Escuela Normal de Cuernavaca fueron difíciles; el director tuvo que enfrentarse con una serie de problemas, como el funcionamiento del internado y la actitud de los alumnos.

Para empezar, las instalaciones del internado eran inadecuadas y sucias; por ello, una de las primeras tareas fue encalar y pintar los dormitorios. De igual modo, se construyó mobiliario para el comedor y con la primera producción de los telares se fabricaron manteles. También se construyeron lavabos y excusados de cemento, y se techó el horno de la panadería que estaba en ruinas.

Otro de los problemas a los que se enfrentó el director Isidro Castillo fue el perfil y la actitud de los alumnos. La planta docente se consideraba a sí

misma como un grupo de jóvenes, poco preparados y sin vocación, debido a que no cumplían con el único requisito de ingreso que se les exigía: haber cursado la educación primaria superior, es decir, dos años más después de los cuatro de la educación elemental. Se decía, además, que la carga académica era pesada, pues la carrera duraba cuatro semestres, las clases se impartían por la mañana, y por la tarde los alumnos se dedicaban a trabajar en los talleres o en el campo experimental de Acapatzingo donde estaban obligados a sembrar betabel, rábano, lechuga, cebolla, col, chile y calabaza. También tuvieron clase de Industrias, en la cual debían elaborar jabones y vaselina. Aun cumpliendo con estas actividades, en su primer informe, Isidro Castillo observó que entre el alumnado había pereza, desorden, falta de respeto hacia los maestros, falta de higiene y desinterés por el estudio. Esto explica por qué el director se instaló en un cuarto de la escuela y “desde el primer día de comedor” estuvo presente, conviviendo muy cerca de los alumnos, “en sus ocios, en sus faenas y en sus conversaciones...” Cada semana, el director comía con un grupo diferente de alumnos. Después de la cena les exponía sus planes, se leía un capítulo de un libro y se escuchaba música. Los domingos salían a nadar. Para disciplinarlos propuso una serie de tareas diarias y cuando se presentaba el caso de que algún alumno se opusiera a realizar los trabajos de campo, el director ponía el ejemplo asistiendo y participando directamente en las prácticas, incluso cuando hubo necesidad de descalzarse para limpiar una zanja lo hizo considerando que “ésta era la mejor orden para realizar trabajos repulsivos”.¹²

¹² *Ibid.*, p.246



Para interesarlos en la vida de la escuela, se organizaron fiestas y cuatro cooperativas: la primera incluía los talleres de Imprenta, Fotografía y Encuadernación; la segunda, de Panadería, Cría de conejos y cerdos; la tercera, de Carpintería, Hojalatería, Telares, Cría de gusano de seda, Cultivos de morera y Hortalizas; y la cuarta, de Jabón y Curtiduría, Cría de borregos y cabras. Cada una de ellas llevaba libros de cuentas y la producción se ofrecía a la comunidad. Los talleres de Pan, Hojalatería y Carpintería dieron buenas ganancias que se reinvertieron en la compra de material y equipo. Las utilidades fueron administradas y se acordó que el 50% de las ganancias se distribuyera entre los miembros, 25% al mejoramiento de la industria y el 25% restante como ahorro. Con el producto de las cosechas se mejoró además el menú de la cena, incluso se aumentó un platillo dulce, que pagaron de manera particular.

Los alumnos de la Escuela Normal de Cuernavaca construyeron un puente para llegar al campo de cultivo que sirvió también al pueblo de Acapatzingo. Con esta acción, fue evidente que la institución había contribuido de manera definitiva en la transformación del lugar, pues el descuido de la comunidad había convertido el lugar en un enorme bosque de hierba que se inundaba por falta de drenaje, y, como lo señalaba Isidro Castillo, “el aspecto era para desmayar”.

Su estrategia fue dividir lotes por cooperativas y motivar a los maestros para ser los primeros en las labores de desyerbe. Aunque el trabajo fue pesado para todos, el informe muestra que el campo se labró, que las calles estuvieron limpias y arboladas y que la conducta de los alumnos se modificó

notablemente pues comenzaron a interesarse en la vida de su comunidad, a tal grado que participaron con el municipio levantando censos escolares.

Es importante señalar la actitud de compromiso frente a la comunidad que se despertó entre los alumnos. Esto lo vemos sobre todo en la primera generación de normalistas, que se mostró muy interesada en reunir -a petición del director- el equipo necesario con el que iniciarían su labor frente al grupo y que consistía en dos libros de consulta -el método Decroly y la Agricultura de Rómulo Escobar-, un azadón, una devanadora para capullos de seda, un traje de baño y otro de deportes.

Sin embargo, el entusiasmo duró poco. A pesar del éxito de esta empresa educativa, y revisando los documentos que dan cuenta de su funcionamiento, resulta extraño saber que la escuela fue clausurada y trasladada a Oaxtepec dos años después. Las razones pueden ser muchas, en los documentos que se trata más de una cuestión política y moral que nada tiene que ver con el buen funcionamiento de la Normal.

Alonso Castillo Pérez, hijo del profesor Isidro Castillo, relata que su padre, con la experiencia que tenía de haber fundado la Escuela Normal de Tacámbaro, fue comisionado a Cuernavaca para instalar otra igual. En el camino se enemistó con el General Juan Domínguez -retratado por Martín Luis Guzmán como Juan Elizondo en *La Sombra del Caudillo*-, porque estaba en desacuerdo con el uso que hacía de las instalaciones de la Normal durante sus festejos. Alonso Castillo narra cómo después de una excursión donde visitó con sus alumnos la tumba de Zapata, le esperaba un telegrama de la SEP que le advertía “absténgase de rendir tributo a

personas no conocidas como héroes”.¹³ Así fue como se le separó de Cuernavaca y se le designó como responsable de la misión viajera que recorrería Coahuila, Nuevo León e Hidalgo en 1928.

Pero hay también otra razón, si pensamos que los proyectos y los discursos de la SEP apuntaban al mejoramiento de la comunidad rural y la urgente necesidad en la formación de profesores después del movimiento revolucionario. Una serie de cartas que se encuentran en el archivo histórico de esta dependencia nos sugiere otra respuesta.

Hacia 1928 se notificó al director de las Misiones Culturales, Rafael Ramírez, del matrimonio civil de Isidro Castillo con una de sus alumnas. Como ya había estado casado de manera religiosa con otra mujer, las autoridades locales sugirieron separarlo de su trabajo para evitar “...la consagración del crimen en la escuela y entre los maestros...” La respuesta de Castillo ante la SEP fue contundente:

“...no encuentro en lo oficial una manera de contestar a Ud. la nota en la que se me pide una explicación de mi conducta social. Encuentro la nota muy justificada, porque creo que la conducta íntima del maestro trasciende en mucho a su labor de educador, y por otra parte, el caso mío, tal y como se encuentra planteado en la Secretaría no sólo amerita una inmediata separación del empleo sino que pertenece a los delitos que penan las leyes... como tengo en la mira dedicarme

a trabajos políticos en mi estado, por ahora no procuraré sincerarme ante la dirección de Misiones Culturales, cosa que sería tardada y más que todo enojosa... aseguro a Ud., que muy pronto y lejos de toda liga oficial... en lo privado, me sinceraré plenamente...”¹⁴

La opinión que merecía su labor como director dentro de las escuelas rurales le mereció el apoyo de un grupo de maestros, quienes le escribieron una carta a Rafael Ramírez, donde le señalaban: “...admiramos en el Prof. Castillo grandes dotes de organizador y compañero que siempre vela por el buen nombre y prestigio de nuestra labor... creemos según nuestro estrecho criterio, que pocos maestros están lo suficientemente preparados para cumplir con su cometido... y por último creemos que hay que utilizar todas las gestiones... [para seguir laborando] con empeño y esfuerzo en bien de la misión que se nos ha asignado...”¹⁵

La experiencia pedagógica de Castillo, a la que hacían referencia sus colegas, se remontaba a tres años antes, cuando tuvo a su cargo la dirección de la Escuela Normal Regional de Tacámbaro, Michoacán, que fue calificada siempre de sobresaliente, incluso muchos años después de su experiencia en Cuernavaca.¹⁶

A pesar de los resultados, la Normal Rural de Cuernavaca fue clausurada y trasladada a Oaxtepec en febrero de 1928, bajo el argumento de que la

¹³ Alonso Castillo Pérez. *El libro de mi padre Isidro*. Jalisco, Gobierno de Jalisco-Unidad Editorial, 1987, pp. 50-52.

¹⁴ AHSEP. *Misiones Culturales*. Caja 87, exp. 71.

¹⁵ *Ibid.*

¹⁶ A pesar de que se trataba de la persona más indicada para dirigir los trabajos, la respuesta de la SEP fue negativa, por lo que Rafael Ramírez le comunicó a Castillo: “...crea Ud. que mucho me duele tener que dar este paso tratándose de Ud... un muchacho a quien estimo y quiero, inteligente y con un brillante porvenir... pero cuyos trabajos en las Misiones Culturales se resentirían en otros aspectos distintos de los meramente profesionales...” AHSEP. *Personal*



anterior no había dado resultados prácticos debido a su carácter urbano.¹⁷ Se instaló entonces en el ex convento, un edificio ruinoso que fue necesario acondicionar sin el apoyo de la comunidad ni las autoridades, las cuales se mostraron indiferentes al proyecto. Sin biblioteca ni médico -a pesar del paludismo, viruela y sarampión que azotaba a la región- se inscribieron algunos alumnos que

cubrieron los requisitos mínimos de tener dieciséis años cumplidos y haber cursado hasta el cuarto año de primaria.

Se pensó en construir un balneario en este terreno, con el fin de buscar financiamiento externo; pero al no lograr convencer a la comunidad de los beneficios que representaba para la escuela, muchos de los proyectos no pudieron concre-

Alumnos de la Escuela Normal Rural de Cuernavaca. 1927

Hombres	Lugar de procedencia	Mujeres	Lugar de procedencia
Erasmo Ruiz	Cuernavaca	Soledad González	Cuernavaca
Rafael Demes	Tepoztlán	Julia Hernández	Cuernavaca
Carlos Ríos	Cuernavaca	Elena Aranda	Cuernavaca
Fernando Peña	Atlatlahucan	María Aranda	Cuernavaca
Margarito Pérez	Hueyapan	Teresa Manjarrez	Jojutla
Enrique Chávez	Cuernavaca	Consuelo Ramírez	Cuernavaca
Juan José Olvera	Cuernavaca	Guadalupe Vélez	Cuernavaca
Manuel Lavín	Cuernavaca	Margarita Romero	Cuernavaca
Almanza Cipriano	Cuernavaca	Carmen Vélez	Cuernavaca
Manuel Marica	Cuernavaca	Sara Rodríguez	Yecapixtla
Marcos Figueroa	Tilzapotla	Epigenia Ramírez	Hacienda San Vicente
José Carrasco	Cuernavaca	Guadalupe Carpintero	Xochitepec
Tomás Gutiérrez	Cuernavaca	María Luisa Ortiz	Tepoztlán
Manuel Noceda	Hueyapan	Ana María Vasco	Cuernavaca
Ángel Orihuela	Jojutla	Sara Rojas	Tepoztlán
Pero Lugo	Cuernavaca	María Herlinda Oliva	Cuernavaca
Manuel Rosado	Cuernavaca		
Francisco Vera	Cuernavaca		
Juan Arellano	Tepoztlán		
Guillermo Cabrera	Xoxocotla		
Teodoro Sánchez	Hueyapan		

Cuadro elaborado a partir de la información de Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública (1927). El sistema de escuelas rurales en México. México: Talleres Gráficos de la Nación, pp.255-256.

¹⁷ Valentín López González coincide con esta idea, pues de acuerdo con sus fuentes fue el profesor Rómulo Federico Hernández -inspector escolar federal del estado de Morelos, entre 1923 y 1927, y primer director de la Escuela Normal Rural de Oaxtepec en 1928- quien sugirió a Rafael Ramírez alejar a la escuela normal a un ambiente rural como Oaxtepec "...por su agua abundante, la exhuberancia de su vegetación y la fertilidad de sus tierras..."

tarse. La situación económica del plantel parecía tan difícil de resolver en los primeros meses, que el director Romúlo F. Hernández recibió más de un oficio por parte de la SEP conminándole a no gastar “fuertes sumas de su peculio” en beneficio de la escuela. Los informes muestran no sólo las carencias económicas para alojar y dar alimento a los profesores que se encargaban del plantel, también la apatía y la indiferencia de los vecinos; incluso se llegó a afirmar que “no les agrada que sus hijos se dediquen a las prácticas agrícolas... tampoco forman parte de las excursiones escolares... [ni] son afectos a que sus hijos tomen baños periódicos”.¹⁸

El impacto en la región

En 1927 se graduaron los primeros treinta y ocho maestros de la Normal de Cuernavaca, quienes procedían de comunidades como Tepoztlán, Xoxocotla, Tilzapotla, Hueyapan, Jojutla, Atlatlahucan y la Hacienda de San Vicente.

Debido a las características de los documentos, hasta este momento he podido seguir la labor docente de uno solo de los alumnos egresados, el profesor Margarito Pérez Barrio, originario de Hueyapan, quien perteneció a la primera generación y a quien encontramos laborando en Gabriel Tepeaca cinco años después, cuando se instala la Misión Cultural en la Normal Rural de Oaxtepec.

Durante todo el mes de agosto se realizó un Instituto de Mejoramiento, dirigido a los treinta y dos profesores que atendían las escuelas federales de los municipios de Atlatlahucan, Cuautla y Yauhtepec. Una mirada rápida a la documentación muestra que en esta zona los profesores tenían diferentes formaciones: sólo dieciséis eran normalistas egresados de Oaxtepec, de Guadalajara (2), de Puebla (2) y uno solo provenía de Cuernavaca. Su lugar de trabajo se distribuía entre las poblaciones de Cocoyoc, Atlatlahucan, la colonia Emiliano Zapata de Cuautla, Oaxtepec, Tetelcingo, Cuautlixco y Gabriel Tepeaca, lo que muestra que la influencia pedagógica de esta escuela cubría una zona determinada y, por lo tanto, en 1933 todavía no abarcaba todo el estado.

Reflexiones finales

Tomando en consideración los criterios que sobre la escuela rural señaló uno de los pedagogos más lúcidos del período, Gregorio Torres Quintero, me gustaría hacer una reflexión final sobre este caso. Para Torres Quintero,¹⁹ profesor colimense, la escuela rural era la escuela del campo. Su formación debía afectar todos los niveles escolares, desde el jardín de niños hasta la universidad. Se trataba entonces de una escuela que preparaba “para la vida”, pues debía enseñarles no sólo a leer, escribir y contar, sino a interpretar mejor su función

¹⁸ AHSEP. Caja 57, exp. 18; y Valentín López González, *op. cit.*, quien describe el lugar como “...todo sucio, lleno de basura, donde sólo bandadas de mosquitos les dieron la bienvenida” en el convento dominico.

¹⁹ Gregorio Torres Quintero. *Orientaciones y organizaciones de las escuelas rurales*. México, Publicaciones SEP, 1925.



de explotadores del suelo para hacer rendir sus frutos. Para lograrlo, el maestro rural se convertía en un personaje central de la comunidad, quien además de compromiso pedagógico debía tener tres virtudes: 1) un conocimiento claro de los problemas y las necesidades de la vida rural, para poder ocupar el puesto de director y consejero de la comunidad, pues debía saber de economía y sociología rural; 2) una completa comprensión de la organización escolar, para poder encabezar el movimiento de transformación de la vieja escuela rural; y 3) la habilidad para seleccionar de manera inteligente las materias del programa de estudios que la gente del campo debía conocer para sacar el mayor provecho de la vida.

Si analizamos cada uno de estos saberes e intentamos reconocerlos en las actividades implementadas por Isidro Castillo en la Escuela Normal Rural de Cuernavaca, es evidente que se trataba del personaje más adecuado para poner en práctica los planes de modernidad de la SEP. Sin embargo, resulta claro que estos ideales no podían ser ajenos ni a la política ni a la moral. Rafael Ramírez, jefe de las Misiones Culturales, dudaba también de su efectividad, su correspondencia así lo muestra. En una carta dirigida al jefe del Departamento de Escuelas Rurales, le comenta a Isidro Castillo sobre un profesor egresado de una normal rural, adscrito a una primaria de San Juan del Río, Querétaro: “deseo llamar su atención... haciendo notar que los maestros que estudian en las Normales Rurales

apenas reciben los conocimientos indispensables para atender las escuelas de esta naturaleza y no creo conveniente que se les aproveche en escuelas primarias... [creo que] después de varios años de práctica... seguramente podrían desempeñar con éxito [esos] puestos...”²⁰

Una opinión que coincide con la evaluación que hace la Misión Cultural de Oaxtepec -al observar el trabajo de los profesores de la región- los clasifica en tres grupos: como maestros con buena voluntad, “...certeros en el obrar, [y] con fuerte dinamismo...”, pero también con “...dinamismo y regulares resultados o plenamente desorientados y maestros que platican... además de los apáticos e indiferentes”. En Gabriel Tepeaca, donde estaba asignado el profesor Margarito Pérez Barrios, se observaban los mediocres resultados. El informe del inspector da cuenta de la situación: muebles antiguos, una biblioteca pequeña, el cultivo era hecho por dos adultos y aunque el maestro estaba comisionado por la ayudantía municipal sólo había planes de trabajo bien escritos pero sin realizar. A esto había que agregar los problemas económicos de la región, a saber, los sistemas rutinarios de cultivo, la falta de actividades de recreación y sobre todo la costumbre de las mayordomías. Falta, entonces, el trabajo prosopográfico que muestre si efectivamente hubo una transformación de estas comunidades con el *dinamismo* del egresado normalista de Cuernavaca y Oaxtepec.

²⁰ AHSEP. *Misiones Culturales*. Caja 87, exp. 1-9.